Apología — Robert Barclay — 303-304

ni en palabras ni en silencio

extracto de la Proposición XI § ix

§ ix. Podría contar muchas benditas experiencias de este silencio y forma de adoración, pero no recomiendo tanto el silencio, como si tuviéramos una ley para excluir toda oración o predicación, o para encadenarnos* al silencio — de ninguna manera. Nuestra adoración no consiste en palabras, ni tampoco consiste en el silencio en sí; sino en una santa dependencia de la mente humilde* en Dios. Al principio, es lógico que el silencio brote de esta dependencia hasta que las palabras que vienen del Espíritu de Dios puedan pronunciarse. Y Dios no se ausenta, sino que se mueve en sus hijos para pronunciar palabras de oración o predicación cuando es necesario. Entre las muchas reuniones de aquellos que son convencidos de la verdad, son pocas en las que Dios no levanta a uno o a otro para ministrar[1] a sus hermanos, por eso son pocas las que son totalmente silentes. Cuando muchos se reúnen en el mismo Nombre y Vida, lo divino los mueve muy natural y frecuentemente a orar y a alabar a Dios, y a alentarse los unos a los otros con exhortación e instrucción mutua. Sin embargo, consideramos que hace falta algún tiempo de silencio al principio, durante el cual todos puedan ser recogidos interiormente hacia la Palabra y Don de Gracia, desde lo cual el que ministra puede recibir las fuerzas para ofrecer el ministerio, y los que escuchan reciben la sensibilidad para discernir entre lo preciado y lo vil, sin

[1] Usamos el cognado del término en inglés, *to minister*, y en latín *ministrare,* aunque reconocemos que el significado en la forma verbal en español no concuerda exactamente con el sentido de brindar ministerio vocal.

apresurarnos a hacer estas cosas tan pronto como suene la campana, según otros cristianos lo hacen.

No tenemos la menor duda, sino que sabemos con certeza, que la reunión puede ser buena y fructuosa* aunque ni una sola palabra se haya pronunciado exteriormente desde sentarnos hasta ponernos de pie; cada persona puede sentir la Vida llenando su interior, puede sentir un crecimiento interior dentro y por medio de la Vida. Puesto que no se le ha impuesto a nadie la necesidad de hablar, todos pueden haber decidido gozarse en el Señor y morar en él en calma y silencio. Esto es muy dulce y delicioso al alma que ha aprendido a ser recogida fuera de todos sus propios pensamientos y procesos de esta manera,[2] que ha aprendido a sentir que sólo el Señor produce tanto la voluntad como el acto. Muchos pueden declarar esto basándose en su propia experiencia bendita. No cabe duda que es necesariamente difícil para el hombre natural recibir y creer esta doctrina, y por lo tanto sólo la experiencia personal puede convencer a muchos, por las pruebas de haberlo sentido en vez de por argumentos; no es suficiente creerlo si no lo disfrutan y lo poseen. Sin embargo, para el provecho de personas que quizás estén más dispuestas a aplicarse a la práctica y a la experiencia de esta adoración después de sentir convencido su entendimiento, y después de saber que esta adoración está basada en la Escritura y la razón, me siento libre de añadir algunos puntos de ese tipo para confirmarlo, además de lo que ya dije sobre nuestra experiencia.

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition XI § ix (Glenside PA: Quaker Heritage

---

[2] Latín: *quae hoc modo didicit omnes suas cogitationes & proprias operationes deponere & abjicere,* "que aprendió a deponer y deshacerse de todos sus propios pensamientos y procesos de esta manera."

Press, 2002) pp. 303-304; y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 231-232.